

gelio. Primero, al advertir que le retira de la turba de gentes que le acompañaba, os aconsejo, que os apartéis del bullicio del mundo, si quereis curar la enfermedad de vuestras almas, y mantenerlas sanas con su gracia. Pues así como el mundo es nuestro comun enemigo, así la soledad es el más fuerte castillo para defendernos de sus ataques, y una especie de muro, que cierra las puertas de nuestros sentidos, para que no se introduzca por ellas, hasta nuestras almas, el amor depravado del mundo y de sus vanidades. ¡Pobres de nosotros! Perdidos somos, si con el retiro no cerramos las puertas de los sentidos á tantos objetos provocativos como el mundo nos pone á la vista. Perdidos somos, si no apartamos las ocasiones de pecar que el mundo nos facilita. Pues, por la culpa original, tenemos dentro de nosotros mismos en la concupiscencia, una fecunda semilla de pecados, que fácilmente brotan á la primera ocasion que se ofrece de cometerlos. Evitad la causa, y evitareis los efectos.

Ya comprendo, que no todos podemos ser anacoretas y vivir separados del trato de las gentes; pero os encargo que apartéis las ocasiones peligrosas. Y esta diligencia de huir las ocasiones de pecar, que comprende á todos, obliga especialmente á los que sentís endurecido vuestro corazon, y agravado con el peso de muchas culpas; porque vuestra propia y experimentada fragilidad debe haceros desconfiar más de vosotros mismos, y aumentar vuestros desvelos por evitar los peligros.

No basta esto para curar el endurecimiento de vuestro corazon; es preciso, además, que pidais humildemente á Dios, que se digne abrir los oidos de vuestro espíritu con su gracia poderosa, para que penetre y fructifique en él la semilla de la divina palabra. Tambien debeis pedirle, que así como con la saliva tocó la lengua del sordo-mudo, toque tambien el paladar de vuestra alma, permitaseme la expresion, con la sabiduría que salió de la boca del Altísimo, para que, con el conocimiento y el gusto de los bienes eternos, despreciéis las engañosas delicias de la tierra. En fin, haced cuanto esté de vuestra parte para que se ablandé vuestro duro corazon, y se diga, como del sordo-mudo del Evangelio, que teneis abiertos los oidos del corazon, para oír las voces con que Dios os llama á penitencia: *Apertæ sunt aures ejus* (MARC. VII, 35), y que, así mismo, teneis expedita la lengua de vuestro corazon para hablar y tratar con Dios, por medio de la oracion del negocio importante de la salvacion eterna: *Loquebatur recte*.

No diferáis, para más adelante, la curacion de vuestras almas mortalmente enfermas. Muévaos á buscar y aplicar el remedio, ya que

no la compasion de vosotros mismos, la que se merece el Salvador, que gime y se duele de vuestra desgracia. Y principalmente gime, porque vosotros no gemís; se duele, porque vosotros no os doleis; siendo vuestra insensibilidad lo que más le aflige.

Dulcísimo Jesús, á beneficio de vuestra gracia, se ha trocado nuestro corazon. Nos dolemos de vuestras culpas, y las lloraremos toda la vida. Perdonadnos, misericordioso, santificadnos, fortalecednos en vuestro servicio, para que podamos eternamente cantar vuestras alabanzas en el cielo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

ENDURECIMIENTO.—No hay pasion alguna que no pueda endurecer á un pecador, cuando se entrega á ella.

No hay una conversion más milagrosa que la de un pecador endurecido.

ENDURECIMIENTO.—El mayor castigo que puede tener en este mundo un pecador, es el endurecimiento.

No hay pecador que corra mayor peligro de ser castigado con el endurecimiento, que los que pretenden excusar su pecado.

No hay endurecimiento más invencible que el de los pecadores, que se endurecen más con los castigos.

Véase CEGUEDAD ESPIRITUAL.

ENFERMEDADES.

Domine, descende priusquam moriatur filius meus.

Ven, Señor, antes que muera mi hijo.

(JOAN. IV, 49.)

Leemos en el Evangelio, que un señor, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaum, sabedor de que Jesús venia de Judea á Galilea, dirigióse á él, y rogóle que pasara á su casa, para curar á su hijo, próximo á morir. Jesucristo le concede lo que él pide, y le manda que vuelva al lado de su hijo, á quien declara haber devuelto la salud; obede-

ce, y encuentra á su hijo perfectamente curado; sabe por sus servidores, que lo habia sido á la misma hora en que Jesús le dijera: Tu hijo está bueno; y así creyó él y toda su familia.

A considerar los sentimientos de la naturaleza, era un gran motivo de afliccion para aquel señor, el ver á su hijo á las puertas de la muerte; pero á juzgar de las cosas á la luz de la fé, fué para él una gran dicha, al encontrar en aquella enfermedad una ocasion favorable para creer en Jesucristo, y pasar á ser discípulo suyo.

Así, hermanos míos, así es como las aflicciones, y particularmente las enfermedades, se convierten para nosotros, por disposicion de la divina Providencia, en fuentes de felicidad verdadera, cuando sabemos hacer buen uso de las mismas. Cierto que la enfermedad es un estado afflictivo para la naturaleza; el hombre, enemigo de su destruccion, sufre siempre con pena los dolores y dolencias que acortan sus dias y le conducen al sepulcro; de aquí las numerosas precauciones que toma para prevenir la enfermedad, ó para sacudirla, cuando la padece; ¡inútiles esfuerzos! la salud no es un bien siempre duradero; no hay temperamento tan robusto que no esté sujeto á enfermedades, y aquellos mismos que más pueden resguardarse de ellas, no están exentos de contraerlas. Así lo permite Dios para desapegarnos de la vida: conviene que nos conformemos con sus designios, y que miremos los males, que aquí abajo sufrimos, como otros tantos medios eficaces que la Providencia se digna proporcionarnos; á lo cual voy á exhortaros, hermanos míos, exponiéndoo las ventajas espirituales que ofrecen los dolores y enfermedades á que estamos sujetos, y las reglas que hemos de seguir para hacerlas provechosas. Dividiremos en dos partes el discurso, para tratar, en la primera, de la utilidad de las enfermedades, y, en la segunda, de su uso conducente á volverlas ventajas. A. M.

1. Si el hombre no hubiese nunca pecado, no se hubiera visto sujeto á la enfermedad, á la muerte, y á las demás calamidades hoy inseparables de su triste condicion. Pero en cuanto el pecado ocupó el lugar de la inocencia, en que fué creado el primer hombre, siguióse una vida de miseria, á la felicidad de que en su primitivo estado gozaba. Dichoso él todavía, pues, en la pena de su pecado, pudo hallar medios para expiarlos y preservarse de él. Estos son, hermanos míos, los dos beneficios que podemos reportar de las enfermedades; si Dios nos aflige, es para que volvamos en nosotros, y para hacernos expiar nuestros pecados pasados, é impedir que cometamos otros.

Nada hay más idóneo para inducir el pecador á la penitencia, que

la memoria de su hora postrera; pero ¿cuándo le atormenta más esta memoria, si no es durante la enfermedad? Mientras disfruta de las dulzuras de la salud, apenas piensa en la muerte, y hasta llega á olvidarla completamente: de aquí, que solo trata de satisfacer sus pasiones, y que, en vez de aplacar la justicia de Dios con actos de penitencia, le irrita con nuevos crímenes; la salud le hacia mirar la muerte como muy lejana, vivir sin cuidado sobre sus consecuencias, y omitir los medios de prepararse para ellas; pero la enfermedad le anuncia su aproximacion, la ve el hombre pronta á descargarle el golpe fatal, y puede decir, como el Apóstol: Se acerca el tiempo de mi muerte: *Tempus resolutionis meæ instat* (II TIM. IV, 6). ¿Qué partido pues tomará? Por una parte, los remordimientos de la conciencia que le acosan, y, por otra, la consideracion del terrible juicio á que será citado, le compelerán á volver á Dios con una sincera penitencia. Penetrado de los mismos sentimientos que el santo rey Ezequías: Héme aquí, dirá al Señor, al término de mis dias, próximo á ser sepultado bajo las sombras de la muerte: *Vadam ad portas inferi*. Lo mejor que puedo hacer, ¿no es repasar en la amargura de mi corazon los años que he pasado en la culpa? *Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ*. Hasta ahora he vivido completamente olvidado de mi salvacion: pero, próximo á cerrar los ojos á los objetos sensibles para no abrirlos sino á los de la eternidad, debo sin demora poner manos á la obra para dar cima á esta tan grande, porque, despues de la muerte, no habrá ya lugar á pensar en ello.

Tales son, hermanos míos, los sentimientos que la enfermedad inspira ordinariamente á los que la padecen; ella les aparta del pecado, les separa de las criaturas, les cambia, les convierte; eran malos y réprobos, y les vuelve justos y amigos de Dios. Apelo á vuestra experiencia: ¿no es verdad, que en las enfermedades pensais de muy distinta manera que cuando gozais de buena salud? ¿no es verdad, que, temerosos de la muerte, habeis vuelto en vosotros, para demandar á Dios el perdon de vuestros pecados? ¿no es verdad, que habeis hecho todos los esfuerzos posibles para obtener este perdon? Convenid, pues, en que la enfermedad es muy útil al pecador, toda vez que le induce á reparar con la penitencia los pecados que ha cometido, y es tambien un medio excelente para satisfacer á Dios con la pena debida al pecado.

La justicia de Dios tiene establecido, que el pecado, aún perdonado, sea castigado en este mundo ó en el otro. La enfermedad sirve, pues, al pecador, para cumplir con la justicia de Dios la pena á su pecado debida, por ser una de las penitencias más severas que puede hacer

el hombre, y por ser esta la voluntad de Dios mismo, que castiga á su placer, y de un modo más seguro y más útil de lo que el mismo pecador lo hiciera.

No es menester, hermanos míos, probaros con argumentos prolijos la pesadez y las angustias de las enfermedades; los que las han experimentado pueden dar testimonio de ellas. Las enfermedades privan de la salud, el más precioso de todos los bienes, y reducen la naturaleza humana á un estado violento. Hallarse postrado en la cama, como un preso en su cárcel, privado de los placeres de la sociedad; no poder hacer ningun uso de los bienes de la vida, entónces prohibidos, y hasta desdeñados; verse obligado á devorar toda la amargura de los remedios, y á entregarse ciegamente á la direccion de los médicos; sufrir crueles dolores de cabeza, ¿no son estas unas penitencias mucho más austeras que los ayunos, las disciplinas, y las maceraciones de los anacoretas? Estas últimas son voluntarias, y las mitigan los alivios de que la naturaleza es susceptible; pero las enfermedades combaten todas sus inclinaciones y á menudo la fatigan con su violencia y duracion. ¿Qué fondo de méritos y satisfacciones no encuentra en ellas el pecador para pagar sus deudas, y qué seguridad de que esta penitencia place á Dios, toda vez que él mismo la impone? En efecto, conocedor de nuestra delicadeza, Dios sabe cuán enemigos somos de la penitencia, cuán inclinados á regalar nuestra carne, y con qué indulgencia la tratamos, aún cuando queramos mortificarla en expiacion de nuestras faltas. ¡Ay! los golpes que la damos, parten, ordinariamente, de una mano débil y tímida, que la tiene consideraciones, y nunca la trata con tanta severidad como merece. ¿Qué hace pues el Señor? Empuña él mismo la vara para castigarnos, como merecemos; aflige con enfermedades este cuerpo de pecado, y castiga el abuso que hemos hecho de la salud. En esto, hermanos míos, debemos reconocer la bondad y sabiduría de Aquel que nos hiere en este mundo con castigos ligeros, para no imponérselos más rigurosos en el otro; que las enfermedades, aún las más graves, nada son en comparacion de los dolores que se sufren en el Purgatorio, donde se padece más en un solo dia, que aquí abajo en muchos años de enfermedades. Algunos instantes de sufrimientos en esta vida, pueden ahorrarnos los largos y crueles suplicios de la otra, y hasta cumplir enteramente con la justicia de Dios. Reconozcamos la mano paternal que nos hiere, y que no quiere que nos quede alguna deuda por pagar al salir de este mundo. No cabe, pues, duda, en que son utilísimas para corregirnos y hacernos expiar las culpas, y para impedir que caigamos en ellas: *Ul peccare non liceat.*

¿Qué uso se hace comunmente de la salud? ¡Ah! hermanos míos, tal vez lo sabeis por vosotros mismos: en lugar de emplearla en glorificar á Dios, os valeis de ella para ofenderle. Unos, viven en un completo olvido de Dios y de su propia salvacion; miéntras disfrutan de salud perfecta, no piensan más que en enriquecerse en la tierra, participan de los afanes del siglo, y nunca atienden á la eternidad. Otros, solo se ocupan en saciar sus brutales pasiones, se entregan á la destemplanza, al desenfreno, pasan la vida corriendo de placer en placer, de la mesa al juego, del juego á los espectáculos, de los espectáculos á las conversaciones peligrosas y á los tratos criminales. ¿Qué hace el Señor para reprimir los desórdenes que reinan entre los hombres? Previene el mal en su origen: priva de la salud á los que abusan de ella; les quita las armas de las manos para impedirles que le hagan la guerra; detiene con la enfermedad todos los movimientos de aquel hombre, lleno de proyectos y agobiado bajo el peso de mil asuntos; póstrale en el lecho del dolor, en donde libre ya de todo cuidado temporal, tiene tiempo para elevar su corazon á Dios, para pensar y ocuparse en su salvacion.

Así sabe Dios hacernos provechosas las enfermedades que nos envia, y si con ellas nos aflige, no es para perdersenos, sino para salvacion nuestra. Se vale de las enfermedades del cuerpo para curar y preservarnos de las de nuestra alma; por esto no exceptua de ellas á los justos, cuya virtud podria entibiarse, si no la acrisolaran estas desgracias, y se perfecciona en la enfermedad.

Por lo tanto, cualquiera que sea el estado en que os halleis, justos y pecadores, no mireis ya las enfermedades como males que Dios os envia para haceros sentir los rayos de su cólera; consideradlas ántes como efectos de su amor, pues se sirve siempre de ellas para convertirnos ó probaros y adheriros á él, y haceros así expiar las faltas leves, de que no está exenta la vida más santa. Mas ¿qué uso debe hacerse de las enfermedades? Veámoslo.

2. Toda vez que Dios aflige á los hombres con enfermedades, ya para que los pecadores vuelvan en sí, ya para probar la virtud de los justos, debemos recibirlas con espíritu de penitencia; debemos sufrirlas con paciencia y con entera resignacion á la voluntad del Señor. ¿Y á qué conduce la paciencia á los pecadores, durante el curso de la enfermedad? A adoptar los medios más prontos y eficaces para entrar de nuevo en la gracia de Dios, y á ofrecer sus enfermedades en expiacion de los pecados por ellos cometidos.

En efecto, si el pecador no debe nunca diferir su reconciliacion con Dios, aún en estado de salud, por no carecer del tiempo y de las

gracias necesarias, esta razon le induce todavía más, durante la enfermedad, á una pronta conversion, porque entónces, más que nunca, debe temer la falta de tiempo para convertirse, y esta dilacion puede privarle del tesoro de méritos con que le brindaria una enfermedad santificada por la gracia.

Todos llevamos dentro de nosotros una respuesta de muerte, dice el Apóstol, y aún aquellos que parecen más robustos están á veces más próximos á la sepultura. Pero ¿en qué tiempo debemos temer más las sorpresas de la muerte, á no ser durante la enfermedad, que la prepara ya su víctima y empieza á destruir este cuerpo mortal? Lo cierto es, que casi todos los hombres mueren despues de ciertos males, más ó ménos tarde; y en la incertidumbre del tiempo que ha de durar una enfermedad, ¿no es lo mejor, desde las primeros ataques del mal, recurrir á los remedios que deben curar al alma de la enfermedad del pecado, y ponerse en estado de comparecer ante Dios, con la recepcion de los sacramentos que deben obrar esta curacion, por ser peligroso que, con diferir el uso de estos remedios, ya no sea tiempo para ello? ¿Qué acontece á los que aguardan el último trance para pedir los auxilios de los moribundos? Lo que tal vez habeis visto acontecer á algunos de aquellos, cuya muerte habeis presenciado: ó se han privado de ellos por sorpresa, ó los reciben sin disposicion, ó mueren en la impenitencia.

Por consiguiente, ¿no es de suma importancia pedir los últimos sacramentos al principio de la enfermedad? ¿Puede ser nunca demasiado temprano, pueden tomarse sobradas precauciones, cuando se trata de evitar una eternidad malaventurada? ¿Qué se arriesga en recurrir á los remedios que curan al alma de la enfermedad del pecado? ¿No recibe uno los sacramentos cuando está bueno? ¿por qué, pues, no recibirlos cuando enfermo? Estas fuentes de vida, al devolver la salud al alma, ¿no contribuyen á la del cuerpo por la tranquilidad y el reposo de una buena conciencia, que es su efecto? Y ¿qué no debe esperar un enfermo de la visita de Jesucristo, que, con una sola palabra, curaba á los que á él acudian? Testigo el de nuestro Evangelio. Y ¿no deberiamos dirigirnos al Médico supremo del alma y del cuerpo, con la misma confianza que aquel señor, que le rogaba que fuese á su casa, para curar á un hijo, cuya enfermedad parecia incurable? Sí, Señor, debería decir el enfermo, venid á mi casa, venid á habitar en mi corazon; vos podeis, si quereis, curarme de todas mis enfermedades. Si no recobro la salud del cuerpo, y si os place sacarme de este mundo, á lo ménos estoy seguro de que me volvereis la salud del alma, y la librareis de los horrores de la muerte eterna.

¿Qué pena ha de causar la recepcion del sacramento de la Extrema-uncion, que tiene la virtud particular de aliviar al enfermo y restaurar sus fuerzas, como nos asegura el apóstol Santiago? Finalmente, hermanos míos, ¿qué es menester para curar la enfermedad del alma? Basta descubrirla al médico espiritual, al ministro de Jesucristo revestido del poder de perdonar los pecados: así que se confiesa el pecado, con corazon contrito y humilde, óbrase al punto la curacion. ¡Ah! si tan fácilmente pudiera recobrase la salud del cuerpo, no se necesitarian tantas precauciones ni remedios, con frecuencia inútiles y nunca á prueba de muerte. ¿Por qué, pues, omitir un medio tan fácil para asegurar la salvacion?

A los primeros ataques del mal, se tiene cuidado en procurarse los auxilios convenientes para recobrar la salud; llámase á los médicos; tómanse los remedios por él prescritos; tal conducta es ciertamente irreprochable, pues la divina Providencia ha dotado de auxilios á la naturaleza y dado á los hombres ciencia para ocurrir á las enfermedades humanas. Pero lo que yo vitupero en muchos enfermos, es la poca confianza que tienen en Dios para recobrar la salud del cuerpo; en vez de recurrir, desde luego, al Médico supremo, que puede curar cuerpo y alma, no acuden á él sino despues de experimentada la inutilidad de los socorros humanos. Lo que vitupero aún más, es, que los enfermos, únicamente ocupados en el alivio del cuerpo, no piensan en la salvacion del alma; y, por desgracia suya, casi todos los que les asisten, les ocultan el peligro que corren, y les halagan con la risueña esperanza de una pronta curacion. El enfermo, que cree fácilmente lo que le lisonjea, abriga la esperanza de la vida, aún á las puertas de la muerte, y por no habersele advertido que se reconcilie con Dios, vémosle envuelto para siempre en los horrores de una espantosa eternidad. Témesese en mal hora intimidarle, proponiéndole una cosa tan interesante; se llega quizás á alejar al ministro del Señor, que al efecto se presenta, y este temor intempestivo, esta funesta consideracion humana es causa de su eterna malaventuranza.

¡Cruel atencion, pérvida amistad, tan contraria al espíritu del cristianismo, que se apresura á socorrer al prójimo en las necesidades más imperiosas! ¡Pues, qué! hermanos míos, si creyeseis á vuestro hermano, á vuestro amigo, á punto de caer en un precipicio, del que solo estaria en vuestra mano salvarle, advirtiéndole el peligro, ¿no os acriminariais por vuestro silencio, ó mejor, podriais guardarlo? ¡Veis á ese enfermo, á vuestro hermano, á vuestro amigo, á punto de caer en el infierno, y permitireis que se pierda su alma, por no atreveros á decirle, que piense en la vida futura!

Son dignísimos de elogio, en verdad, los auxilios que se prestan á los enfermos; estos oficios de caridad son tanto más meritorios, cuanto que nada tienen de agradable; pero el objeto primordial de vuestra caridad debe ser la salvación del alma del prójimo; el mejor favor que podeis hacerle, es preservar su alma de la muerte eterna, con vuestro cuidado en hacerle administrar los sacramentos y en abrirle las puertas del cielo, donde os servirá de protector para atraeros á su lado. ¡Qué consuelo para uno y otro, haber así contribuido á vuestra felicidad!

Otra razón, que debe inducir al enfermo á disponerse para recibir los sacramentos, es, que mientras permanece en pecado, se priva del mérito de sus sufrimientos. ¿Qué pérdida no es para el enfermo, esclavo del pecado, que padece mucho, durante meses y años enteros, el que Dios no haga caso alguno de sus sufrimientos? Cierto, que con su paciencia en el dolor puede atraerse las gracias que necesita para convertirse; pero si no se vuelve á Dios con una penitencia sincera, sus sufrimientos nunca serán premiados en el cielo. ¡Ah! ¡cuántos momentos perdidos, en que podía quedar bien con la justicia de Dios y atesorar grandes méritos para el cielo! Pero, si este pecador se reconcilia con Dios, desde el comienzo de su dolencia, se contarán y apuntarán todos los momentos de dolor en el libro de la vida; un día, un instante de dolor, puede evitarle años de Purgatorio, puede merecerle un peso inmenso de gloria, como dice el Apóstol: *Momentaneum tribulationis nostræ æternum gloriæ pondus operatur*. ¡Oh momentos de enfermedad! cuán preciosos sois para la salvación, cuando se os emplea santamente! El mejor uso que de ellos puede hacer un pecador, es ofrecerlos á Dios en satisfacción de las faltas.

Si os penetrais de estos sentimientos, amados oyentes, sobrellevareis con paciencia vuestras enfermedades, virtud que el enfermo puede mirar como el supremo remedio de sus males, y como el único recurso que le queda en ciertas dolencias, no susceptibles de ningún alivio. ¡Ah! entónces conviene armarse de paciencia para aguantar todo su rigor y duración; porque, en efecto, ¿qué fruto sacaríais de entregaros á la impaciencia, que lejos de curar vuestros males, no hace más que recrudecerlos, al paso, que la paciencia templará su amargura? En el primer caso, acrecentais vuestras deudas, y trocáis el remedio en veneno; y en el segundo, por el contrario, veis que os es provechoso lo que os pareciera perjudicial. ¡Oh! ¡cuánto consuela esta idea al cristiano que sabe utilizar los recursos que le suministra la religión! Mientras su cuerpo está en la tierra, sumergido en el dolor, su alma, elevándose al cielo, saborea, de antemano, las dulzuras que el Señor prepara á sus escogidos.

De aquí, que no tiene más voluntad que la de Dios: considera la enfermedad como una preciosa visita que el Señor le hace en su misericordia, para sustraerle á los rigores de su justicia; sabe que Dios se vale de la enfermedad para purificarle, como el oro en el crisol, á fin de hacerle digno de él. Cúmplase, pues, vuestra voluntad, Dios mío, dice á ejemplo de su Salvador, y no la mía. Por amargo que sea el caliz que me presentais, lo acepto de buen corazón de vuestra mano; ¿puedo negarme á beber en él, al pensar, que mi divino Maestro lo bebió hasta las heces? Mientras veo al inocente cubierto de llagas, ¿puedo quejarme de algunos leves padecimientos, que nada son, comparados con los que sufrí por mí?

¡Dios mío! sean estos nuestros sentimientos en las enfermedades: haced que todos las aceptemos con humildad, que las suframos con resignación, que por medio de ellas os demos la satisfacción que os debemos por nuestros pecados, y merezcamos la felicidad que nos tenéis preparada en el cielo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

ENFERMEDADES.—Cuando Dios nos envía enfermedades, nos pone en estado de adorarle en vista de nuestra nada.

Quando Dios nos envía enfermedades, nos pone en estado de escucharle con sumisión.

Quando Dios nos envía enfermedades, nos pone en estado de ofrecerle sacrificios por su paciencia.

ENFERMEDADES.—Debemos pedir á Dios, que los padecimientos del cuerpo nos dejen despejado el entendimiento.

Debemos pedir á Dios, que, á la par del temor de perder una vida transitoria, temamos, al mismo tiempo, perder la vida de la eternidad.

Debemos pedir á Dios, que, deseando nosotros la prolongación de la vida natural, deseemos con no menos entusiasmo la vida de la gracia.

ENFERMEDADES.—Deben servir de lecciones de humildad para los soberbios.

Deben hacer compasivos á los hombres insensibles.

Deben hacer vigilantes á los perezosos.

ENFERMEDADES.—Deben persuadir á los que las sufren, que Dios procura especialmente por su salvación,